

XXVII

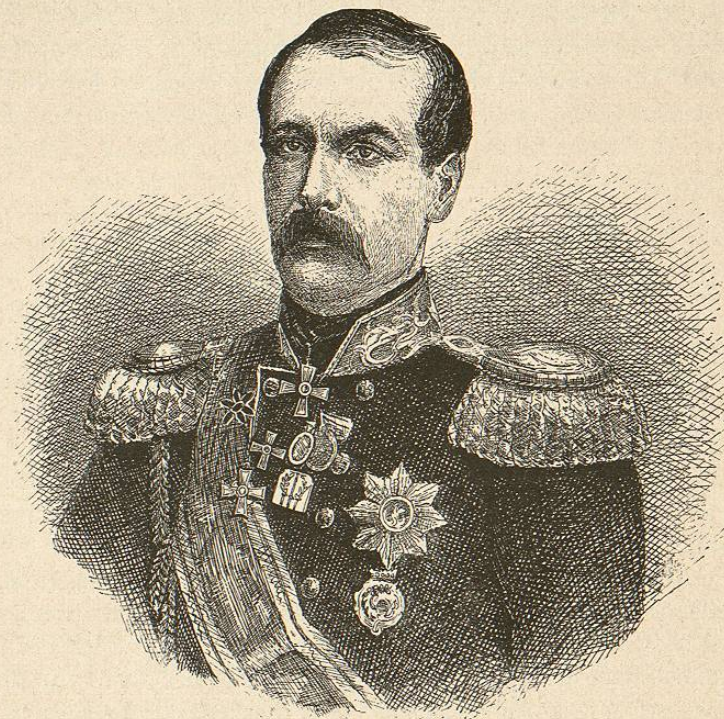
SEBASTOPOL

¡Sebastopol! Nombre que durante más de un año resonará en el mundo entero. ¡Sebastopol! Ciudad cuyo sitio será tan célebre en los tiempos modernos como lo fué el de Troya en los antiguos. Jamás, en ninguna época de la historia, se habrán librado delante de murallas combates tan sangrientos, ni nunca ha habido enemigos que hayan desplegado tanto tesón y perseverancia. ¡Sebastopol! Para los rusos es la ciudad santa, la cuna de su fe ortodoxa; allí es donde, en la antigua ciudad de Quersoneso, rendida por sus armas, el gran duque Vladimiro hizo profesión de cristianismo en 988. ¡Sebastopol! Ciudad religiosa y militar, en cuyas calles no se encuentran más que marinos y soldados para combatir y sacerdotes para bendecirlos. De sus cuarenta y dos mil habitantes, treinta y cinco mil pertenecen á la marina y al ejército; los demás son artesanos y mercaderes, que trabajan para una y otro. Las cinco mil mujeres que se cuentan están todas acostumbradas á la ruda vida de las poblaciones marítimas, y darán pruebas de heroísmo.

Como dice muy bien Camilo Rousset, «no hay allí multitud ociosa ni pordioseros, elementos obligados de agitación y desorden; no hay divisiones políticas ni antagonismo social, ni tampoco enemigo interior contra el que sea necesario adoptar precauciones para la defensa ó dejar fuerzas detrás. La disciplina de los ánimos es fácil, porque tiene dos principios: el patriotismo y la fe religiosa. Los jefes militares pueden invocar á Dios y á los santos protectores de la ciudad sin que se les tache de hombres débiles ni se les ponga en ridículo, y se les respeta porque son grandes modelos de abnegación patriótica y de conducta moral.»

El tañido de las campanas alternará con el estruendo del cañón, las órdenes de los jefes con los cánticos, y los estandartes con las cruces. Desde lo alto de las murallas se ve por primera vez á los aliados el 27 de septiembre. Largas filas de sacerdotes, con sus estandartes á la cabeza y llevando el agua bendita, avanzan en procesión á lo largo del recinto sin concluir. Dos marinos intrépidos, dos vicealmirantes, Nakhimoff y Korniloff, el uno comandante de la escuadra activa y el otro jefe del Estado mayor de la armada, inspiran á la población una confianza sin límites, y á ellos acaba de agregarse, desde el 22 de agosto, un oficial de ingenieros, enviado del ejército del Danubio, oficial que llegará á tener

gran importancia. Es el teniente coronel Totleben, el que construirá las obras de tierra, defensas formidables ante las cuales habrá tan crueles hecatombes. «Hijos míos, exclama el almirante Korniloff, debemos batirnos hasta el último extremo; matad al que ose hablar de retirada, aunque sea yo mismo quien lo mandase.» Soldados, marineros y ciudadanos, todo el mundo, incluso las muje-



El general Totleben

res, han puesto manos á la obra, y cada cual trabaja en las fortificaciones improvisadas que durante tanto tiempo deben hacer inexpugnable á Sebastopol.

Desde el 27 de septiembre los aliados ocupan posiciones frente á la ciudad, en la meseta de Quersoneso. Esta meseta, que tanta celebridad debe alcanzar, mide trece kilómetros de longitud por quince de anchura; limítala al Norte la gran rada de Sebastopol, al Este una línea de escarpaduras designadas con el nombre de monte Sapoune, y al Sud y al Oeste el mar y varios promontorios, el más avanzado de los cuales se llama cabo Quersoneso. El paisaje es severo y triste, la vegetación precaria y mísera, y el suelo pedregoso, tan pronto abrasado por un sol ardiente como anegado por lluvias torrenciales; numerosos barrancos le surcan, descendiendo unos en dirección al mar y los otros hacia la gran

rada. No se encuentran corrientes de agua, sino pozos y cisternas, y tampoco hay pueblos; tan sólo se ven algunas granjas. Los árboles escasean y casi todos están doblegados por el viento del mar. El conjunto general es profundamente triste.

Los vencedores de Alma querían dar el asalto; pero ya no pueden, porque las obras defensivas se han acumulado con una rapidez prodigiosa. El 20 de septiembre el príncipe Menchikoff ha ordenado al almirante Korniloff destruir cinco navíos y dos fragatas para defender la entrada de la rada con sus restos sumergidos. Desesperado el almirante por semejante orden, ha diferido su ejecución cuarenta y ocho horas, pues consideraba semejante destrucción como un suicidio; pero al fin ha debido resignarse. Sebastopol se halla en adelante libre de un golpe de mano, así por la parte de mar como por la de tierra.

El general Bosquet escribe delante de Sebastopol el 4 de octubre de 1854: «Querida madre: Estamos delante de Sebastopol, que los rusos nos han dejado cercar.... Los trabajos de sitio comenzarán mañana, pues terminaremos hoy los del desembarco de nuestro material de artillería y de ingenieros. Es operación endiablada para un ejército sin caballos ni medios de acarreo. Sin embargo, espero que con poca cosa daremos un buen golpe, y que los soldados del antiguo Imperio podrán saludarnos sin pesar.

»El mariscal de Saint-Arnaud, que está moribundo, nos ha dejado. Cartas del emperador, que se guardaban secretas, han conferido el mando en jefe á mi antiguo amigo Canrobert, el más digno y capaz. Ya podrás comprender qué contento estoy. Sigue mejorando de su herida, pero aún padece mucho.»

Las tropas francesas acaban de organizarse en dos cuerpos: primero, el ejército destinado á las operaciones de sitio, al mando del general Forey y compuesto de las divisiones 3.^a y 4.^a; y segundo, el cuerpo destinado á tener en jaque al ejército de auxilio del príncipe Menchikoff: se compone de la 1.^a y 2.^a divisiones, de las reservas de artillería montada y de la caballería que desembarca, siendo jefe de este cuerpo de ejército el general Bosquet. Las tropas inglesas se han dividido de una manera análoga.

El general añade en la misma carta: «Se trata de una gran empresa, y es difícil saber de antemano si la resistencia de Sebastopol será larga y sostenida, ó si la plaza cederá á los ocho días de cañoneo y de asalto.»

Se resuelve abrir la trinchera en la noche del 9 de octubre, y al efecto, ochocientos infantes avanzan en dos filas, con el fusil terciado, una pala y un azadón al hombro, hasta llegar al muro de la Casa Quemada. A la última señal: ¡*Arriba los brazos!*!, ochocientos azadones se elevan y caen sobre el suelo; el viento del Nordeste, que sopla con fuerza, favorece el trabajo é impide que el rumor producido por aquéllos se oiga desde la plaza; pero arroja á los ojos de los soldados un polvo muy molesto. A media noche, mil doscientos nuevos trabajadores acuden á relevar á sus compañeros, los cuales, después de haber descansado un poco, vuelven á continuar su tarea á las cuatro de la madrugada.

Por su parte, los ingleses han abierto durante la noche una larga trinchera á mil doscientos metros del baluarte ruso llamado Gran Redán, y su trabajo, así como el de los aliados, no ha sido visto por el enemigo.

El 10 de octubre, al rayar la aurora, los rusos han observado todos aquellos trabajos de aproche, con alguna sorpresa, pero sin contristarse, pues temían un ataque súbito, y la vista de las trincheras les tranquiliza. Cada día ganado les ha permitido aumentar sensiblemente sus medios defensivos: desde el 30 de septiembre al 17 de octubre, el príncipe Menchikoff ha podido agregar treinta batallones á la guarnición de Sebastopol. El ejército inglés cuenta 22.000 hombres, el francés 42.000, y la división turca 5.000.

Los aliados han adelantado mucho sus trabajos de aproche desde el 10 de octubre hasta el 17, día señalado para el bombardeo, que comienza á las seis y media de la mañana. Tres bombas lanzadas por la 3.^a batería francesa estallan en el baluarte ruso llamado del Mástil, y esta es la señal para que ciento veintiséis cañones, de los cuales cincuenta y tres son franceses, arrojen á la vez una infinidad de proyectiles. Todas las tropas aliadas, dispuestas y sobre las armas, esperan el resultado de aquel bombardeo terrible. Los rusos, que aguardan la aparición de las columnas de asalto, contestan con extremada energía y oponen al cañoneo de los aliados el fuego de doscientas cincuenta piezas de artillería. A eso de las diez se incendian dos almacenes de pólvora franceses, y la explosión trastorna de tal modo las baterías de aquéllos, que en adelante, impotentes para contestar al diluvio de proyectiles dirigidos contra ellas, deben cesar su fuego; pero los ingleses continúan el suyo con buen éxito.

Se ha convenido en que las escuadras aliadas unan su acción á la de los ejércitos de tierra, anclando frente á los fuertes de la ciudad para bombardearlos; pero retrasadas por un viento contrario, no han podido comenzar su movimiento hasta las doce y media del día. A esta hora se comienza á formar la línea de anclaje, trazando un arco de más de tres kilómetros. A unos 1.400 metros del fuerte de la Cuarentena y del fuerte Alejandro se colocan catorce barcos franceses en dos líneas; más allá dos turcos, y después, delante del fuerte Constantino y de las baterías de costa, once buques ingleses. El barco almirante francés *Ville de Paris* es el que rompe el fuego, á eso de la una, y todo queda envuelto en una densa nube de humo. El fuego de los buques aliados produce poco efecto en las baterías rusas, que revestidas de mampostería, hacen más daño del que sufren. La *Ville de Paris* recibe cincuenta proyectiles, y una granada destroza en parte su toldilla.

En tierra, si el fuego de las baterías francesas ha cesado; el de las inglesas continúa de la manera más brillante. Agobiado bajo una lluvia de proyectiles, el baluarte ruso Gran Redán no es ya más que un montón de escombros; los rusos esperan ver á los ingleses precipitarse sobre aquellas ruinas para plantar su bandera é invadir el arrabal de Karabelnaia; pero no sucederá así, porque la prudencia se antepone á la audacia y no se piensa en el asalto. A medida que

el día avanza, el fuego disminuye; á las seis de la tarde no se oyen más que algunos raros cañonazos, y los últimos barcos de las flotas aliadas se alejan de la línea de batalla, después de haber lanzado más de 30.000 proyectiles. Durante el bombardeo la pérdida de los ingleses ha sido de 44 muertos y 266 heridos, y la de los franceses de 30 y 80 respectivamente. Los rusos tuvieron 168 hombres muertos ó heridos, siendo su pérdida más sensible el heroico almirante Korniloff, que pronunció las siguientes últimas palabras: «Decid á todos que es dulce morir cuando se tiene la conciencia pura. ¡Dios mío, bendecid á los rusos y al emperador! ¡Salvad á Sebastopol y la escuadra!»

El bombardeo vuelve á continuar el 18 y el 19, sin dar más resultados que el 17. El general Bosquet escribe el 20: «Golpeamos á las puertas de Sebastopol; pero los rusos se defienden vigorosamente y será una gloria entrar. No vamos tan de prisa como esos terribles guerreros con bata que engañaron al emperador anunciándole la toma de la ciudad. Ciertamente hemos ganado una gran batalla; pero Sebastopol tiene cerca de trescientos cañones en batería y veinte mil marineros finlandeses para servirlos. Es cosa de reflexionar, y ponemos un sitio en regla. Te escribo en medio del estrépito de un furioso cañoneo, querida madre, y desde mi cuartel general.»

Nueva carta fechada el 2 de noviembre: «Querida madre: Cañoneamos terriblemente las baterías rusas, los centenares de grandes cañones de marina con que han erizado el contorno de su ciudad; y debemos avanzar á fuerza de zapa, obligados á socavar una gran parte de nuestras trincheras en la roca, haciendo funcionar la mina, lo cual es una enorme dificultad. Cerca de veinte mil marineros rusos de Finlandia se dejan aniquilar en detalle para defender por tierra su magnífica escuadra; que no pueden resolverse á dejarnos apresar, pues son buenos soldados, muy resueltos. Esto es asunto del general Forey, que manda las tropas de sitio.

»Por mi parte, con el cuerpo de observación, compuesto de diez y seis á diez y siete mil hombres, treinta piezas de artillería y mil quinientos caballos, mantengo en jaque, gracias á mis buenas líneas, un ejército de cuarenta mil rusos, que me acechan día y noche. Ahora bien: como comienza á sentirse un frío muy vivo, molesta mucho pasar fuera una parte de la noche; es cosa muy dura, mas confío en que ya llegamos al fin.

»Se trata de una gran empresa, muy difícil y que parecerá algún día un hecho casi imposible. No puedo comprender cómo se ha creído tan fácilmente en Francia que era una cosa muy sencilla tomar á una nación guerrera, como por un golpe de mano, la capital de su poderío en el Sud, un vasto puerto y un arsenal lleno de cañones. Esto es enorme, y puedes creer que los más templados quedarán rendidos al fin de la campaña. ¡Que Dios nos dé fuerzas!»

El general Bizot, que mandaba los ingenieros del ejército francés, había escrito al mariscal Vaillant, ministro de la Guerra: «El general Canrobert tiene grandes deseos de emprender bruscamente un ataque á viva fuerza, y lord Ra-



El general Forey

glan también.... Por lo que á mí hace, retrocedo cuanto es posible, aunque estimando que tendremos tantas más probabilidades de éxito cuanto más cerca se halle el punto de partida, de apoyo y de retirada de nuestras columnas.» Cada noche dos mil trabajadores por lo menos, y algunas veces tres mil, extienden la red de los aproches; el 25 de octubre queda concluída la primera paralela en la extensión de más de un kilómetro, y la segunda no dista más que trescientos sesenta metros del baluarte del Mástil para el ataque de los franceses. La primera paralela de los ingleses llega á mil doscientos metros del Gran Redan, y la segunda se halla á novecientos de la saliente de este baluarte. Se acerca la hora en que el ejército inglés deberá, no ya atacar, sino defenderse.

XXVIII

BALACLAVA

Los rusos seguían ocupando, además de Sebastopol, una parte considerable de la Crimea. Su ejército auxiliar, apostado en los repliegues del Belbeck y en los bosques de la meseta del Norte, recibía refuerzos incesantes, y abrigaba la esperanza de arrollar á los sitiadores, rechazándolos hasta el mar.

El puerto de Balaclava, situado en la extremidad meridional de Crimea, era la base de operaciones de los ingleses. Este puerto no tenía más guarnición que unos mil marinos, pero delante de la plaza extendíase un campamento atrincherado capaz de contener un ejército tres veces más numeroso que el de los ingleses. Se había confiado á unos mil soldados turcos la guardia de los puestos avanzados, que á cuatro kilómetros al Norte de la ciudad, sobre una serie de eminencias y á intervalos muy espaciados, consistían en cinco reductos que desde el pie del monte Sapoune hasta el pueblo de Kamara separaban al Norte la llanura de Balaclava del valle del Tchernaiá.

El príncipe Menchikoff había observado que los ingleses no tenían fuerzas suficientes para defender sus posiciones, y en su consecuencia forma un cuerpo de ejército de veintiún mil setecientos hombres, que en la mañana del 25 de octubre de 1854 cae sobre las líneas inglesas. Los turcos, no pudiendo resistir, abandonan los cinco reductos, y el enemigo desemboca en la llanura de Balaclava, desde donde lanza hacia Kadikof una brigada de húsares y de cosacos. El 93.º de *highlanders* (montañeses) los esperaba. «Entonces se vió, ha escrito M. Camilo Rousset, lo que puede una infantería sólida, tan sólo por la firmeza de su actitud. Desplegados en orden de batalla, inmóviles y con el arma al pie, los escoceses parecían indiferentes á la avalancha que avanzaba ruidosamente hacia ellos; pero cuando estuvo á treinta pasos, los oficiales mandaron preparar las armas. Tan sólo á la vista de aquel primer tiempo ejecutado con tanta sangre fría, tan sólo al aspecto de los fusiles, levantados, pero sin apuntar aún, los rusos cambiaron súbitamente de movimiento; los caballos, detenidos en su impulso, se encabitaron, y las filas se confundieron.» En aquel instante la brigada inglesa de caballería de línea - brigada Scarlett, formada por los *scott grey* y los dragones - se pone en movimiento para ir en auxilio de los *highlanders*, y al mando de tres oficiales intrépidos, que dirigían la carga, penetra como una